

ALFONSO REYES, HOMBRE DE ESTE MUNDO

Si no fuera por ciertas razones, sería posible la formulación de estas preguntas: ¿Existe Alfonso Reyes? ¿No será, por ventura, el mito inventado en una conspiración de humanistas fundadores de una religión de la curiosidad? Porque Alfonso Reyes está en todas partes. Su huella aparece sobre los rastros de Góngora y los pasos de Mallarmé; en la gran estatua que muchos hombres siguen levantando a Goethe, está la marca de sus dedos, y en la resurrección de los mármoles griegos se advierte el soplo de su espíritu; en los caminos que América recorre ha puesto flechas para señalar rumbos; el viejo valle de Anáhuac, transparente y dramático, resurge con su aliento; por las rutas oceánicas queda la estela de su nave; "si allá junto a Guadarrama deja tu amistad señales, —junto a Santa Genoveva hay los recuerdos que sabes". Entre los filósofos hay palabras tuyas, y los historiadores lo hacen camarada; ha puesto más de una lámpara en las costas de la geografía; rescató secretos de la semántica y disipó nubes sobre la filología; alude a la física y hace señas a matemáticos y teólogos; abre la puerta de los economistas y deja advertencias en las ventanas de los políticos; penetra en los vericuetos de las teorías jurídicas y sube a los salones de la diplomacia. Ascende a los monumentos y hace elegías a las modistas de París. En fin, anda hasta en las chinas y las bodegas.

Otros dirán: Alfonso Reyes es un capitán que manda soldados a preguntarles secretos al mundo y tiene bajo sus órdenes a mariscales de la prosa haciendo libros, y mariscales de la poesía iluminando palabras. Esconde a un ángel prisionero que le alumbra misterios y mantiene preso a un demonio que le aconseja errores. Un capitán general que es también un dictador: no deja descansar a sus hombres y muchas veces les roba el sueño y les dobla la vigilia.

En todo caso, existe la dictadura de Alfonso Reyes, ¿Quién le iba a decir a don Porfirio Díaz que un hijo de Bernardo Reyes, aquel sobre cuya figura dejó caer celos ciegos y tardíos, iba a ser llamado

dictador, y nada menos que en la Ciudadela? * Alfonso Reyes es el dictador de las letras mexicanas y es también su caudillo; cada libro es una batalla. Sólo que es también el adversario mayor de su propia dictadura; cada nueva página suya, ¡y son tantas todavía!, es un mensaje a los jóvenes. Y quien a ellos se dirige, invita a la contradicción y enciende el anhelo de lograr obras mejores. Esto tiene de revolucionario.

No faltará, tampoco, quien diga: Alfonso Reyes es un monumento, y en su bronce pone destellos el sol de la leyenda. Y alguno afirmará: es una montaña, un hecho de la naturaleza que siempre ha estado allí, ante nosotros y rodeado de nosotros. ¿Quién, si no, podría imaginar a la literatura mexicana sin Alfonso Reyes, como quién puede imaginar al Valle de México sin la sonrisa del Ixtlacihuatl?

Pero no, Alfonso Reyes es un hombre de este mundo; precisamente de este mundo, que es decir de este tiempo, de este tiempo en que, como él mismo dice, "el jardín humano se ve pisoteado por la locura". América le ha dado los ríos de sus sangres, y desde América pregunta al cielo y también a la tierra. México le proporciona el timbre de la voz, la densidad de la tinta y el leño para el fuego de la esperanza y la angustia; el universo le da el viento, las noches y los días. Y todos los hombres, el cordial trabajo de entenderlos. Sus frases lo dicen: "Pueblo me soy, y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal . . . Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno . . . Soy hermano de muchos hombres y me hablo de tú con gente de varios países. . . . La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser mexicano". Es posible que las épicas montañas de su regiomontano valle natal hayan contribuido a la elegancia de su palabra, y que el sol vespertino de Monterrey, que pinta de morado el Cerro de la Silla, le produjera el primer asombro ante los colores. Es un lugar común y

* Esta es una conferencia que leyó su autor en la VI Feria del Libro, en terrenos de La Ciudadela.

acaso resulte aldeano, pero tal vez hace falta decirlo: Si Alfonso Reyes no fuera mexicano, sería otro Alfonso Reyes. Por algo lleva la X en la frente.

* * *

Todavía sin ganar las últimas batallas de la adolescencia, esa "edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos, para siempre, las lágrimas secas en las mejillas", Alfonso Reyes cuenta ya entre los fundadores del Ateneo de la Juventud, los mismos que años antes empezaron a reunirse en la redacción de *Savia Moderna* y se congregaron luego en el taller de Jesús T. Acevedo para dar vida a la Sociedad de Conferencias. El Ateneo de la Juventud nace a fines de 1909 y es uno de tantos anuncios de la Revolución mexicana. "Sentíamos, dice Pedro Henríquez Ureña, la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer."

Los jóvenes del Ateneo acudieron a una cita de México. Alfonso Reyes venía de Monterrey; José Vasconcelos, nacido en Oaxaca, había recorrido el país desde las costas de Campeche hasta los muros ribereños de Piedras Negras; Antonio Caso, hijo de un ingeniero de caminos, salía de las filas de la clase media de la ciudad de México; Martín Luis Guzmán, hijo de un oficial pobre, llegaba de una casa modesta; González Peña, de Jalisco; Julio Torri, de Saltillo, y el dominicano Pedro Henríquez Ureña había cruzado el mar para ligar su esfuerzo a la hazaña mexicana. Ninguno de ellos tenía porque haber participado en la huelga de Cananea, ni en la de Río Blanco; tampoco en el asalto de Las Vacas. Pero en las tareas intelectuales, su obra tenía puntos de contacto con el Partido Antirreleccionista y hasta con el Partido Liberal Mexicano. Formaron un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones

de la Revolución. Antonio Caso llamó una vez San Francisco I. Madero al martir de 1913, y en José Vasconcelos empezaba a encenderse la antorcha que enarboló durante muchos años. Todos contribuyeron al derrumbe del Positivismo, y cada uno dió su golpe al árbol de la dictadura. Es empequeñecer a la Revolución mexicana privarla de lo que históricamente le corresponde, y uno de sus torrentes iniciales, el que llegó a la Escuela Nacional Preparatoria, fue el que levantó el Ateneo de la Juventud. Es verdad: los treinta años de paz del Porfirismo, una paz asentada sobre la sangre, el llanto y la miseria de las mayorías, permitieron la tranquilidad suficiente en las bibliotecas para que los jóvenes del Ateneo buscaran la sabiduría. Es cierto: el silencio nocturno hizo posible que las lámparas de aquellos mozos permanecieran hasta que las apagaba la luz del día, y ellos retiraban los ojos de los textos platónicos para volverlos, en descanso, hacia la claridad de la mañana. Pero sus almas estuvieron siempre en guerra contra los cimientos de aquella paz. Si así no hubiera sido, no hubieran fundado, al triunfo de Madero, la Universidad Popular ni habrían continuado su tarea en medio de todas las luchas civiles. Los conservadores hicieron pacto con el silencio y no volvieron a hablar hasta muchos años después, y otros se dedicaron al denuesto. El Ateneo, en cambio, dejó salir a algunos de los suyos a la guerra: Vasconcelos y Martín Luis Guzmán dejaron los libros y fueron a dar hasta el campo mismo de batalla. Sólo distraídos o necios pueden decir que la gente del Ateneo volvió la espalda a México para refugiarse en Grecia. ¿Desde cuándo las lecciones de Sócrates han servido para escapar o dimitir? Platón fue en sus manos instrumento de rebelión y, como en las grandes revoluciones, ellos hicieron que la luz inextinguible del Agora griega, acompañara la de las teas insurrectas. Letra política, venida desde la mismísima Polis, fue la que escribió la generación del Ateneo. Quien diga lo contrario, ni entiende al Ateneo, ni entiende a la Revolución, ni entiende la cultura, ni entiende la política, ni entiende a México, ni entiende nada...

En ese grupo, Vasconcelos aparecía poseído por el anhelo de

reconstruir el mundo; Antonio Caso, lo dijo él mismo, por el de contemplarlo; Henríquez Ureña, por el de explicarlo; Alfonso Reyes, por el de iluminarlo. Era el distinto camino de cada quién para la búsqueda del orden universal.

En esos años del Ateneo termina de escribir Alfonso Reyes los ensayos de su primer libro, *Cuestiones estéticas*, donde aparecen por vez primera algunos de los temas que han de acompañarlo a través de su ya largo camino: la tragedia griega, Góngora, Goethe, Mallarmé, la literatura mexicana, el lenguaje popular... Había dicho ya su conferencia sobre los *Poemas Rústicos* de Manuel José Othón y publicó a poco el cuaderno con su ensayo sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*. Tenía veintiún años y ya se advertían su penetración crítica, su inconfundible y tan americana orientación ética, su lucidez, y esa suave, discreta gracia del lenguaje; por su tinta corrían ya los jugos clásicos, y en el texto se difundía desde entonces la emoción convertida en claridad. Todavía algunas lágrimas adolescentes no se acaban de secar sobre las mejillas... En 1905 habían aparecido sus primeros poemas en un periódico de Monterrey, un grupo de tres sonetos bajo el nombre de *Duda*, tal vez la primera salida en letras de molde. Porque Alfonso Reyes dijo en verso sus palabras iniciales. "Yo comencé, dice, escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa, la noche me aguarda y está inquieta".

También algunos cuentos y ensayos, que publicaría muchos años después, se acumulan por esa época entre sus papeles. Y cuadernos de notas, de apuntes y estudios que lo siguen y lo llaman todavía. Y él acude porque no es de los que dejan malograrse las semillas o perder los avisos del mundo. Cada vez que Alfonso Reyes limpia su mesa, ha dicho Salvador Novo, se reúnen las páginas de un libro.

Poco después había de cerrarse un ciclo de su vida.

La sangre de las luchas de México no lo perdonó. Penetró en su propia casa y dejó en su corazón una huella dramática que nunca

acabará de borrarse. Sombras leves y discretas de esa huella, y de otras desventuras y aventuras de su alma, aparecerán en varios de sus libros posteriores; uno de los más bellos, el poema dramático *Ifigenia Cruel*, recoge, depurándolos, algunos ecos de las tormentas, la que lo envolvió y la que se desató en su interior.

Vienen los primeros días de París que luego había de recordar en una página de *El Cazador*, "Mi imagen de París, dice, con la moda de aquellos días, es cubista. Cierro los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos en otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la Torre Eiffel...". Sin querer, Alfonso Reyes estaba ofreciendo la imagen de su vasta obra futura: también el viajero que se lanza a caminar por la enorme ciudad de sus libros hace un alto en el primer tiempo, entrecierra los ojos, y la obra de Alfonso Reyes le parece algo dispersa en planos distintos que no encajan unos en otros: el plano ateniense y el plano alejandrino; el plano de Góngora y el plano de Goethe; el plano de América y el plano de México; la perspectiva de Descartes y la perspectiva de Toynbee, las luces de los poemas, los relámpagos del cine, el fulgor de los lagos... Hay que hacer el recorrido completo y asomarse a un balcón del mundo para percibir la humana unidad de la obra, cabal y organizada como una vida que deja señales de su paso con palabras. "Cuántos pasos —dice Alfonso Reyes, de sus días de París—, ¡cuántos pasos, dimos, solitarios! ¡Cuántos sueños y anhelos! —Y el propósito de vivir cada vez mejor y más plenamente".

Y llegan los años largos de Madrid. Duros y fecundos, conquistadores y luminosos, tanto, que vuelve a descubrir a América dentro de su mente. Lleva a México adentro y siente que lo quema a fuego lento. Es cuando sus páginas "están hechas a media noche, rodando —solo— por las posadas de Madrid, sin saber a lo que había venido, y bajo el recuerdo de las cosas lejanas". Es la época cuando el estilo de Alfonso Reyes pasa por la lumbre definitiva: cambia sus palabras por el pan y el albergue. Vive de escribir; se hace periodista, ese oficio tan noble cuando la mano de quien lo ejerce es

limpia y el corazón valiente. Y las páginas de *El Sol* y de la revista *España* recogen los testimonios que luego han de formar los cinco libros de la serie *Simpatías y Diferencias*. Es más: inaugura una modalidad en la profesión periodística: Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, bajo el seudónimo de "Fósforo", inician en castellano la crítica cinematográfica.

Pasan cuatro años sin publicar un libro, pero la obra va reuniéndose en los cajones del escritorio, páginas y más páginas. En 1917 publica tres libros: *El Suicida*, seductor conjunto de ensayos, *Cartones de Madrid*, cuadros a veces amargos, a veces sonrientes, lúcidos siempre y transidos de nostalgia, y la incomparable *Visión de Anáhuac*, levantada con diáfanos ladrillos que son cápsulas de luz. Vienen luego *El Cazador*, en algunas de cuyas páginas tiembla el poeta bajo la prosa tersa y de fulgores tenues, y los cinco tomos de *Simpatías y Diferencias*, ventanas abiertas a todos los caminos de la curiosidad. Ha publicado su primer libro de poemas, *Huellas*, editado de forma tan infame que sus amigos dicen: Alfonso Reyes ha publicado un libro de erratas con algunos poemas. Después otro de los diamantes: *La Ifigenia Cruel*. Estamos en 1924 y desde aquí el bibliógrafo de Alfonso Reyes empieza a padecer: la obra se acumula, crece y las ramas brotan por todas partes.

Pero ya entonces ha cerrado otro círculo de su vida. Comienza el diplomático. Hay un rápido viaje a México en 1924, después de once años de ausencia; tres años más en París, donde publica *Pausa*, su segundo libro de poesía, y un cuaderno en francés sobre la evolución de México. Las prensas madrileñas trabajan con sus *Cuestiones gongorinas*. Otra vuelta a México en 1927. Sobre la mesa de noche de su cuarto, en el Hotel Ancira de Monterrey, estaban entonces las *Conversaciones con Goethe*. Ibamos a verlo los estudiantes y ya le llamábamos maestro. Viene la época sudamericana: Buenos Aires y Río de Janeiro. Los libros siguen acumulándose y ya la nómina se hace larguísima; publica primero en Brasil y luego en Argentina su correo literario con el nombre de su ciudad natal, *Monterrey*, y un

dibujo del Cerro de la Silla en el indicador. Crece la obra poética, se enriquece la obra de investigación y de crítica literaria; las notas sobre la cultura americana y sobre las letras de México se suceden copiosamente; acude a la cita del centenario de Goethe, escribe páginas políticas, la *Atenea Política* y *A vuelta de Correo*. Otro viaje a México. El escritor le ha hecho lugar al diplomático, y Alfonso Reyes cumple con exceso, decoro y fulgor, la misión mexicana en todos los sitios; pero el diplomático no ha vencido, mutilado, ni cansado al escritor. Escribe con el brazo derecho y cumple los deberes del servicio exterior con la mano izquierda, la clásica manera de hacerlo. Pero es la suya una diplomacia nueva y viva, buscando, como él mismo dice, la respiración internacional de México. Entonces México hacía diplomacia en América. Y de la buena.

Otro ciclo se cumple. El diplomático cuelga la casaca. Alfonso Reyes regresa a México y por fin, "aunque sea más por abandono que por premio", se ve dichosamente recluso en su oficio privado. Se inicia la época de la Capilla Alfonsina, la de los frutos dorados, la más fecunda. Alfonso Reyes vive al fin entre sus libros y sus notas, recogidos a través de un largo viaje de veinticinco años. Y entre su amada transparencia del valle mexicano. Aquí lo dejamos. ¿Quién puede decir sobre Alfonso Reyes la última palabra?

Dejémoslo aquí y no importunemos su trabajo: he ahí sus obras maestras: *El Deslinde*, *La Crítica en la Edad Ateniense*, *La Antigua Retórica*, *La Junta de Sombras*, *La Experiencia Literaria*. He aquí el primer capítulo de sus recuerdos, cuya edición tiene la tinta fresca todavía. Pero no olvidemos que Alfonso Reyes, tan sabio, volvió a su patria en son de guerra. Todavía con las maletas del regreso en la mano, libró una batalla por la libertad de España y la sigue librando por la libertad del hombre. "Pueblo me soy", acaba de recordar.

Tiene cincuenta años de escribir y la pluma no ha fatigado su mano. "El arte de la expresión, ha dicho, no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio

para realizar plenamente el sentido humano". "Acuérdate de vivir", advierte con la frase de Goethe en el epígrafe de su penúltimo libro.

Y sigue cumpliendo con su promesa de 1915: "No renunciaremos a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces".

José ALVARADO.

Feria del Libro.

Ciudadela. México, Enero de 1955.

TRAYECTORIA DE GOETHE

por ALFONSO REYES.

Fondo de Cultura Económica, México 1954.

Come indica il titolo, che per altro è la unica cosa non del tutto felice di questo bel saggio, quello che qui ci si offre non è un disegno, ma un "grafico" appena tratteggiato della vita del Goethe. Una specie di carta preliminare che non pretende ad alcuna generica utilità informativa e precisione tecnica, poichè è quella che l'autore s'è tracciata ad uso personale, come mezzo d'orientamento per i propri studii goethiani: e per una esigenza che chiunque con questi studi abbia qualche dimestichezza ha avuto occasione di sperimentare, poichè fra i tanti casi di splendore e miseria di letteratura biografica su grandi uomini quello del Goethe è forse il più rappresentativo.

Il Goethe è scrittore così eminentemente autobiografico che è stato sempre, necessariamente assai arduo il mantenere quella che il Reyes chiama la "frontiera" fra la vita e l'opera, e, se si vuole, fra quell'opera particolarissima ch'è la vita del Goethe e la opera poetica, non escluso il *Dichtung und Wahrheit*, così affascinante e così facile a fraintendersi. L'interpretazione di ciò che è biografia goethiana ha risentito, oltre che della pudicizia e del pettegolezzo degli eruditi ottocenteschi, del complesso rapporto di fiera e di suscettibilità nazionali, sempre imperfettamente equilibratosi, fra la Germania e il proprio genio poetico. Il novecento ha bensì rimosso quanto di più pesante, e inadeguato, v'era in quella ritrattistica di stile romantico-borghese, ma benché ad esso si debbano pagine fondamentali (basti pensare al Gundolf o al Mann) per la letteratura biografica goethiana, resta comunque il fatto, in sé non transcurabile, che il lettore non tedesco, e refrattario, magari perché, come si usa dire, cattolico o pagano, a certi motivi quale, ad es., il culto del demoniaco, cerca col Goethe un rapporto diversamente confidenziale, di cui la letteratura biografica tedesca, allo statu equo, non gli offre la chiave